

Ediciones Cydonia S.L.
Apartado de Correos 265
36280 VIGO Pontevedra
<http://www.edicionescydonia.com>

© Ediciones Cydonia, 2007
© Carlos Gabriel Fernández
Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-935634-1-7
Depósito Legal: VG-47-2007
Maquetación: Acuarela Comunicación sll (986 31 51 06)
Imprime: Anzos - Fuenlabrada, Madrid
Distribuye: UDL libros (902 36 58 62)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

SANTOS FAMOSOS

**Y OTRAS EXTRAÑAS
DEVOCIONES**

**Músicos, políticos y visionarios
en los altares del siglo XXI**

Carlos G. Fernández

Índice

Introducción	9
Capítulo 1 Santos cantantes	15
La más grande, santa - Una canción desde el más allá - Santa Gilda - Tabaco y cerveza para Rodrigo - El culto a Carlos Gardel	
Capítulo 2 Futbolistas en los altares	33
A la tumba de Feher - Una iglesia en honor a Maradona - Fútbol y religión - Muñecos e imágenes para ganar partidos	
Capítulo 3 La Santa Muerte	43
La buena muerte - La Santa Muerte en México - San La Muerte, un santo de palo	
Capítulo 4 Santos y Brujos	53
El legado de San Cipriano - Piedras contra el mal de ojo - Pastequeiros, entre sacerdotes y magos - San Cipriano, santo de otras religiones - Los aquellarres de Santa Comba - Santos que pactaron con brujos y demonios	
Capítulo 5 Curanderos y Sanadores	69
Curaciones en la iglesia - El discípulo del Padre Pío - Santos y Curanderos - Pancho Villa, la Madre María y otros curanderos - ¿Rezar cura?	
Capítulo 6 Beatos anoréxicos	85
La “doentinha” de Balasar - “No te alimentarás más con comida de la Tierra” - Ayuno bajo control - Un nuevo milagro en Balasar - La santa de Tropeço - La “espiritita- da” de Gonzar - Las dietas “divinas” - Vivir sin comer	
Capítulo 7 Testigos de OVNI santificados	101
Fátima, 1917 - El milagro del sol - No fue el sol - ¿Fue un OVNI? - La historia manipulada - Dos niños santos - Un secreto a voces - El texto, interpretado - Los otros se- cretos - Francisco “vuelve” a Fátima - La curación mila- grosa - Un “milagro” español - “Teológicamente, un vó- mito” - También en Lourdes - Una vida de desgracias	

Capítulo 8	<i>Momias adorables</i>	135
	Las causas de la incorruptibilidad - El yogui incorrupto - El santo de los meigallos - Justa Rita, la santa de las novias - Un cadáver venerado y repartido	
Capítulo 9	<i>Reliquias, pedazos de santos</i>	157
	La Santa Mano junto a Franco - Tres piedras de la vejiga, como la Santísima Trinidad - La sangre santa - El milagro de la sangre del médico - El prepucio de Cristo - Falsas reliquias	
Capítulo 10	<i>Políticos santificados</i>	177
	San Francisco Franco - Evita, la santa de los “descamisados” - “La madre de todos los humildes” - “El Che me protege” - La maldición del Che	
Capítulo 11	<i>Santos ladrones y otras extrañas devociones</i> . .	199
	El Gauchito Gil - Bairoletto - San Son y otros santos dudosos - Trahamunda - La santa de la morriña - Santa Mariña das Augas Santas - ¿Santiago o Prisciliano?	
Capítulo 12	<i>Curiosas romerías y ofrendas</i>	225
	San Andrés de Teixido - La fuente de la muerte y la vida - Romerías de ataúdes - Santa Marta de Ribarteme - Ofrendas y exvotos	
Capítulo 13	<i>Los milagros, ¿hacen a los santos?</i>	241
Bibliografía	249
Agradecimientos	253

Introducción



LA MUJER SE ACERCA a la imagen. Toca los pies del santo con la mano derecha y acto seguido se hace la señal de la cruz en su cuerpo. Inmóvil, y con las manos entrelazadas, masculla en voz baja una plegaria. Se santiguará al terminar sin quitar la vista de la sorda, ciega y muda imagen. Mientras el deseo pedido no se le cumpla, guardará en su cartera una estampa con una oración en el reverso para recitarla en momentos de recogimiento. Enciende una vela y continúa contemplando al santo. Saca de su cartera una boquilla y enciende un fino cigarrillo. Tras dos bocanadas de espeso humo, coloca el cigarro en la mano alzada de la estatua, y acto seguido una flor en la solapa de la chaqueta. Son ofrendas que a ninguna de las personas que se encuentran a su alrededor les sorprende. Es “San Gardel”, que como miles de santos modernos, oficiales o populares, engrosan las filas del nuevo santoral que se avecina.

No importa que estén reconocidos por la Iglesia, que no hayan vivido una vida ejemplar o que no lo hayan dejado todo por la fe. Cuando sea el aniversario de su muerte, cuando su petición haya sido cumplida o cuando tenga la necesidad de otro pedido, la devota (o devoto) regresará para agradecer al santo. Participará en una misa, llevará flores o velas a la imagen, o quizá coloque junto a su tumba nuevas ofrendas.

Actos como éste se repiten -con matices- en todo el mundo occidental y católico, ya sea en catedrales, iglesias o ermitas; en pequeños altares situados en los caminos, en cementerios o lu-

gares donde el venerado personaje haya fallecido. Es el uso que miles de creyentes dan a los santos, personajes que la Iglesia Católica, tanto la Apostólica Romana como la Ortodoxa, honra por su vida ejemplar. Sin embargo, al menos oficialmente, no se le reconoce la capacidad de obrar milagros, atributos que solo posee el mismísimo Dios. Su función es únicamente interceder entre el Creador y el creyente para que se cumplan sus pedidos. Pero esos matices teológicos a veces pierden importancia en la fe popular y las imágenes se convierten en verdaderos amuletos que viajan en las carteras, colgados en los espejos de los coches o presiden la mesa de noche de los creyentes.

Los católicos romanos son los que más veneran a los santos, pero no los únicos. Los ortodoxos mantienen una fervorosa devoción hacia estos personajes, cuyo santoral está formado por mártires de las primeras épocas del cristianismo y santos tradicionales. Rara vez hacen nombramientos nuevos, y solo en contadas ocasiones suben a los altares de sus iglesias obispos o religiosos de peso.

Tras la Reforma, los protestantes desterraron el culto a los santos, aunque guardan una particular devoción hacia los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles del Nuevo. Asimismo, en el calendario luterano y anglicano se mantienen días de fiesta de santos, al que los seguidores de Lutero añaden de vez en cuando algún nombre nuevo. Aun así, no se rinde culto a su imagen ni a sus reliquias como en el catolicismo.

En otras religiones no cristianas también existen personajes que podrían guardar un paralelismo con los santos católicos. Los budistas rinden culto a los “arahants” y “bodhisatvas”. En el Tibet son los lamas quienes se veneran como santos. En el hinduismo existen numerosos personajes a medio camino entre lo humano y lo divino.

El Islam prohíbe el culto a las imágenes, por lo que no existen santos. Sin embargo, son objeto de especial devoción los “awliya'Allah” (amigos íntimos de Alá), y los seguidores de la rama chiita del Islam sienten una peculiar admiración por los maestros sufíes.

En el Judaísmo, que no permite el culto de humanos, ni vivos ni muertos, personajes como Abraham o Moisés son objeto de una especial devoción popular; así como algunos rabinos y “tsaddikim” (hombres justos).

En las religiones afroamericanas, la presencia de santos proviene de la fusión de cultos que los africanos llevaron a América cuando fueron vendidos como esclavos, mezclándose con la religión católica.

En el catolicismo no hay grandes diferencias entre la devoción a uno y otro santo, más que las orientaciones especiales que la tradición le atribuye. Como los dioses lares de las antiguas religiones, algunos benefician o propician la curación de determinadas dolencias, mientras que otros tienen fama de defender al devoto durante una peligrosa tormenta o ante las adversidades de la naturaleza.

Poco importa si su historia -su hagiografía- pertenece rotundamente al imaginario, o su existencia sea históricamente dudosa. Repartidos por el calendario, hay santos para cada una de las necesidades del cristiano, y toda una amplia variedad de personajes para cada problema.

Pero, ¿cómo se construye un santo? ¿Por qué unos personajes de vida ejemplar están en los altares y otros no?

En los primeros años del cristianismo los santos alcanzaban ese grado por aclamación popular. Pero la jerarquía eclesiástica, argumentando que se abusaba de la santificación de personajes que no se ajustaban a este título, decidió primero que fueran los obispos quienes adoptaran la responsabilidad de la declaración de los santos en sus diócesis. Así, se le asignaba un día de fiesta que generalmente era el de su muerte. Posteriormente, a partir del siglo X se creó todo un protocolo para la canonización, que en parte aun se utiliza. Fue el Papa Gregorio IX (1227-1241) quien formalizó el proceso, y a partir de 1234 las canonizaciones se reservaron solo al pontífice. En el año 1588, Sixto V puso el proceso en manos de la Congregación para las Causas de los Santos. Y no fue hasta 1983 cuando el proceso sufrió una reforma de manos de Juan Pablo II, en el que los trámites se torna-

ron más fáciles y más productivos. Es así que el pontífice polaco santificó a unos 300 santos y beatificó a más de 700 durante sus años de reinado. Y en estos momentos existen en el Vaticano más de 2.200 procesos abiertos.

Según las reglas, para la Iglesia Católica el aspirante a santo debe superar tres grados. Primero debe ser declarado “venerable”, título que reconoce sus virtudes heroicas en la fe. Esta distinción la realiza directamente el Papa en función de informes previos.

El aspirante a santo deberá subir luego un nuevo peldaño y ser proclamado “beato”. Para alcanzar este grado deberá pasar por un proceso de “beatificación”, en el que además de sus probadas virtudes heroicas, se pedirá que se pruebe la existencia de un milagro (generalmente una curación milagrosa) que Dios haya realizado después de su muerte y en la que el beneficiario haya invocado al futuro beato. Para probar el milagro -requisito casi imprescindible en el proceso- la Iglesia nombra una comisión de investigación que aporte los datos sobre su vida ejemplar y se requiere de un comité de médicos y teólogos que certifiquen que la curación “milagrosa” no tiene una explicación científica. Solo el milagro no es requerido si la persona ha sido reconocida como mártir. Una vez que la comisión eclesial elabore y defienda la causa, el Papa podrá nombrar beato al personaje. Con este título, podrá ser venerado públicamente por la Iglesia, pero solo en el ámbito local.

Una vez considerado beato, para que alcance el grado de santo debe abrirse otro proceso, que culminará con la canonización. Hace falta un segundo milagro atribuido a la intercesión del beato, con el requisito de que haya ocurrido después de su beatificación. Para la comprobación de este segundo hecho “sobrenatural”, se seguirán unos pasos similares a los del proceso de beatificación, aunque el Papa puede obviar estos requisitos, ya que la canonización compromete la infalibilidad pontificia.

Una vez canonizado, el culto del personaje santificado se extiende a toda la Iglesia, no sólo al ámbito local, asignándosele

un día de fiesta en el calendario e incluso se le pueden dedicar iglesias y santuarios a su nombre.

Con este sistema -y con los nombramientos anteriores- la iglesia ha ido creando, a lo largo de los siglos, miles de santos . Y tanto es así, que el número de personas subidas a los altares es incalculable, aunque supera las decenas de miles. Y a todos ellos -los santos oficiales- hay que sumarles otros que no lo son, pero que los creyentes les rinden culto como si lo fueran. Es la cara más popular de la devoción cristiana.

La jerarquía católica manda sobre sus fieles administrativamente, teológicamente e incluso políticamente cuando pueden. Pero en la devoción a los santos, es el pueblo quien decide a quien adorar. Y más allá de procesos oficiales, a lo largo y ancho del mundo católico existen cientos o miles de personajes venerados como santos, a los que el Papa no ha nombrado venerables ni la Congregación para la Causa de los Santos ha iniciado ningún expediente de canonización. No hay más que la fe popular para determinar su culto, pero el rumor de sus devotos extiende su fama de santos, aunque no siempre hayan cumplido con las virtudes cristianas. A veces la Iglesia los rechaza, pero el clamor popular los hace retroceder y consentir de forma solapada. En ocasiones la propia Iglesia recoge sus limosnas o gestiona sus improvisados santuarios. Otras veces son particulares los que se benefician de la fe con lucrativos donativos y en otras ocasiones -tendremos oportunidad de verlo a lo largo de estas páginas- las propias administraciones públicas aportan su grano de arena para que la devoción no decaiga.

Y en entre toda la iconografía de santos que crece paralela a la oficial, hay cantantes, actrices y futbolistas (iconos famosos de nuestra sociedad); pero también cultos y devociones a políticos, curanderos, ladrones y todo un extravagante retablo de deidades surgidas a veces de la mediática sociedad en que vivimos. A todos ellos le rinden cultos sus devotos, les piden milagros y les agradecen los ya concedidos. Les rezan oraciones y peregrinan a sus santos lugares con fervor, el mismo que profesan hacia otros personajes del santoral católico más oficial.

Es el recorrido que les invito a hacer a través de estas páginas, en las que se incluyen otros santos y cultos que en el siglo XXI resultan cuando menos sorprendentes. Y más aun cuando se veneran a personajes que antes eran brujos con rituales para curar el mal de ojo, o se hace una apología de la anorexia como una virtud que santifica. Habrá tiempo de recorrer el culto a los cadáveres incorruptos y los trozos de santos -algunos de ellos de dudosa procedencia- que tuvieron lugar en los primeros años del cristianismo y que aun se veneran en miles de templos europeos y americanos.

Este libro es una invitación a los incrédulos a sorprenderse con las devociones más exóticas de corte católico, y a los creyentes a reflexionar sobre hasta dónde ha llegado la fe que profesan en este siglo XXI.